

débiles filamentos, demasiado débiles,
para esta tierra colmada de dolores.
¡Ah! ¿Es Tu amor en verdad
una hierba, una hierba inmarcesible,
que no deja otras flores brotar sino las propias?
¡Ah! ¿Tienes—
artífice infinito!—
¡Ah! ¿Tienes que hacer carbón la estilla para pintar con ella?
Mi juventud gastó sus fuegos en el polvo;
y ahora mi corazón es cual fontana rota,
donde se estanca el llanto, que por siempre corre
del pensamiento estremecido
en las ramas angustiadas de mi mente.
Tal fué; ¿cómo será más tarde?
Siendo la pulpa amarga, ¿cómo será el hollejo?
Vagamente adivino lo que el Tiempo en las nieblas confunde;
pero a veces resuenan trompetas
allá en las ocultas murallas de la Eternidad:
que mueven las nieblas y aclaran espacios, entonces
vislumbran los ojos algunas almenas que luego se borran;
mas a Aquel que sonó los trompetas
no he visto, ceñido
con sus rojos y oscuros ropajes y de excelso ciprés coronado;
si es del hombre la vida o el alma lo que da la cosecha,
¿deben ser esos campos fecundos así mancillados
con la sucia hediondez de la muerte?

Ha tocado a su término
esta larga porfía;
y la Voz me rodea como un mar estridente:
“¿Es la tierra tan pobre
que se encuentra en pedazos deshecha?
Todo huye de ti, porque tú me has huído!
Cosa fútil y extraña, de piedad sólo digna!
¿Por qué causa los otros han de hacer que tu amor se desvíe?
Sólo Yo formo todo de nada” (me dijo)—
“El amor de los hombres debe ser merecido:
¿en qué forma mereces
el más sórdido coágulo de ese barro cuajado del hombre?
¡Ay de mí! Que no sabes
cuán poco de amor tú eres digno!
¿Quién puede querer tu bajeza,
sino Yo, sino Yo solamente?
Por tu mal no arranqué todo aquello
de que te he despojado,
sólo fué para verte buscarlo en Mis brazos.
Todo aquello que crees, en tu error infantil, ya perdido,
para ti lo conservo en Mi casa:
pónte en pie, coge al punto Mi mano, y vente conmigo”.

Se detiene a mi lado la marcha:
¿no es mi noche tan sólo la sombra
de Su mano amorosa extendida?
“Ah, qué tierno, qué débil, qué ciego,
soy aquel que Tú buscas!
Tu me llevas y sacas amor de mí mismo”.

Francis Thompson

San José, Octubre 23 de 1931.

Cuentos galantes Los seres invisibles

—Envío del autor—

I.—Marcos Andrés Firley de Poilern vive en el castillo de San Andrés. Lo ha heredado de su tía la Condesa Luisa de Poilern, muerta recientemente en un accidente de automóvil.

Marcos Andrés tiene treinta años. Es moreno, pertenece a una antigua familia del Mediterráneo, alto, elegante y de una voz exquisitamente suave. Su amigo Pierre de Saint Onofre lo llevó en su yate particular, *El Cuerno de Oro*, a las más extrañas regiones del mundo. En los ojos de Firley de Poilern hay múltiples y maravillosas impresiones de ese vasto mundo lleno de formas y de luz. A los treinta años se puede tener una filosofía de la vida. Él la tiene. El amor sufre de esa filosofía.

II.—Ahora Marcos Andrés Firley de Poilern está en su cámara adornada con un excelente gusto modernista. Las alfombras, los cortinajes, los cuadros, las columnas y las estatuas y los muebles junto con la luz que penetra discretamente por las vidrieras de color

amatista, forman un poema de arte libre y humano. Reclinado en uno de los divanes, con un libro abierto a su alcance, una atormentadora novela de Proust, posiblemente, deja irse la vista como un perfume en el ambiente iluminado. Su pensamiento parece interesarse lentamente en algo. Él comenzó a advertir que hablaba silenciosamente y a pesar suyo, y que su interlocutor debía de ser una mujer joven, una mujer joven y bella.

—Andrés, tú hablas de la vida como si hubieras agotado todos sus goces.

—En verdad, ¿qué tengo ya que saber de ella?

—Querido amigo, ¿tú no sabías que se puede poner una gota de veneno en una piedra preciosa?

—¿Cómo no lo he saber? Una bella muchacha japonesa se dejó morir en mis brazos desnuda y sonriendo para darme una prueba de fidelidad.

Marcos Andrés, conmovido por este recuerdo, despertó de su éx-

tasis y se asombró del misterioso juego de su propia imaginación.

III.—Marcos Andrés Firley de Poilern está en el jardín. Han florecido muchas rosas. Hay una fiesta suntuosa de formas y de colores. La mañana está desnuda con un ligero velo de un tenue color de oro y transparente sobre sus hombros. La dulce fragancia de las rosas embriaga al joven. Mil recuerdos de Italia se atropellan en su pensamiento. Las rosas de Florencia. La luz del sol es muy suave; parece tamizarse a través de abanicos de seda o de alas de pájaros.

—Señor, le dice una voz grave, de hombre, pero de una agradable sonaridad conmovedora. Señor, las rosas son para las mujeres hermosas. Y él, sin darse cuenta de ello, responde:

—Y bien, ¿por qué no las cortas a montones?

—Ciertamente; pero también tiene el alma del hombre un derecho a gozar de todas las cosas.

—No—dice de Poilern—corta, corta las rosas y las dejas caer a sus pies.

Pero el eco de estas palabras lo sacó de su abstracción lírica.